

# Prontuario de los pies y de los zapatos

>Salvador Luis

THE MONKEY MONO EXPERIENCE | *Ebook*

THE MONKEY MONO EXPERIENCE | *Ebooks por Salvador Luis*

www.themonkeymono.com  
www.salvadorluis.net  
E-mail: salvadorluis@salvadorluis.net  
Twitter: @SalvatoreLuigi1

© Del texto: Salvador Luis Raggio Miranda, 2012  
© De esta edición: The Monkey Mono Experience, 2012

Archivo PDF: septiembre de 2012  
MME-001-PDF  
Hecho en los Estados Unidos.

**Licencia de uso:** Este ebook puede ser redistribuido gratuitamente, pero no comercializado. Queda prohibida su venta sin contar con la autorización por escrito del titular del copyright.

# Prontuario de los pies y de los zapatos

>Salvador Luis

a) Vendajes de Anna

b) Tabaré tiene 43 años

c) La señora Berbig

*...porque tienes pies pequeños.*

Hace algunos años, mi interés por los acuarios me llevó a decorar mi salón de belleza con peces de distintos colores.

MARIO BELLATIN

**a)**

**Vendajes de Anna**

**P**ara que mis pies se convirtieran en un verdadero *loto dorado* debían medir siete centímetros, ser no sólo pequeños sino también delgados y puntiagudos. La técnica más empleada hablaba de dos años de espera. Primeramente, había que lavarlos y cortar las uñas tanto como fuera posible. Luego, doblar los dedos hacia la planta sujetándolos con una venda de unos tres metros de largo, primero en el pie derecho y después en el izquierdo. Antes de ello, los dedos debían ser rotos uno por uno, de manera que sólo el pulgar quedase intacto. Dicho vendaje se renovaba cada tres o cuatro días, limpiando siempre los residuos de sangre y de pus.

Un día le dije a mi madre que deseaba ser como las mujeres chinas de mi libro y calzar hermosos zapatos bordados. Ella me miró con los ojos perdidos de alguien a quien tan sólo le importa el humo de un cigarrillo o el

tiempo que una botella de whisky tarda en vaciarse. Mamá, que siempre me contradecía, ya con papá durmiendo en casa de otra mujer, no pareció muy preocupada en aquella ocasión. Sólo escuché un suspiro leve, casi una nada en un espacio igualmente vacío, aquella nada que proviene del cansancio de la espalda o de los huesos estáticos de una mujer que desea otra vida.

**b)**

**Tabaré tiene 43 años**

1

Hacia el sur de mi cuerpo hay dos finales, un final izquierdo y un fin derecho. A veces tengo la sensación de que así como yo los observo con esperanza ellos me miran a mí con una temible extrañeza. Si bien es cierto, soy un hombre libre, pero también soy un hombre que se debe a sus modales y al decálogo del desarrollo que dictaban los maestros en la escuela. No puedo ni debo tentar a mis pies. No puedo ni debo lamer mis pies. No puedo ni debo morderlos.

2

La pregunta es: ¿Cuánto tiempo he de caminar con la cabeza gacha en este mundo que se multiplica —y sus normas y sus discursos-como-las-bocas-de-mis-padres se multiplican con él— sin siquiera pedirme una opinión?

Ayer salí de mi apartamento para recoger la correspondencia y, mientras subía las escaleras, ya de regreso a casa, abriendo la carta del seguro social que nunca dice nada que me apetezca, vi las botas de mi vecino [el soldado que aparece una vez cada tantos meses], recias, enlodadas, olían a días y noches de combate en algún punto inhóspito. En seguida las quise tocar, ensuciarme con su mugre, su fango de lolita tailandesa, olerlas tan profundamente que provocaran un campo de limones. Pero ahí estaba Glenda, la anciana que siempre me vigila. Si hubiese sucedido por la noche, estoy seguro, yo hubiera

robado esas botas. Ahora las tendría en mis labios, como si  
fuesen dulce de leche o chocolate negro.

3

Quisiera escribir que soy el auténtico relator de la conquista de unos pies pequeños, pero tengo miedo de que alguien allane mi casa y descubra las páginas que sin querer me delaten. Aquí, en este vecindario, hubo alguna vez un *maldito* —así le llamaban— y yo vi cómo lo arrastraron desde su casa hasta una ambulancia del Ministerio de Salud. Decían que su obsesión eran las mujeres obesas y que por eso alimentaba a sus hijas con patatas, manteca y helados de diversos sabores. Las niñas adoraban los helados. El hombre las adoraba gordas. Las amaba así. Yo no quisiera que me arrastraran desde este quinto piso ni gritar que me suelten, que me suelten, que yo no hice nada malo.

4

Las zapatillas de lona que dejó mi hermana ocupan el centro de la mesa, no tengo jarrones ni floreros. Antes puse un plato con frutas: manzanas y duraznos, esencialmente, pero ahora no.

Cuando mi hermana murió de aquella enfermedad a los pulmones, su esposo me preguntó si quería quedarme con los álbumes de fotos, ya que él no podía mirarlos más, o con los ceniceros de arcilla que ella pintaba a mano. Le pedí que lo poco valioso lo vendiese y que regalara aquello que alguien más pudiera necesitar, tal vez a un orfanato, pero que yo me haría cargo de las zapatillas de Elsie.

Ella tenía cinco pares, todos muy coloridos. El que más me gusta está sobre la mesa. Le llamo *el par glassé*; los otros adornan los rincones de mi habitación y el alféizar de mi ventana.

5

Aun en Glenda encontraría un lugar de comunión y un espacio de delicadeza, si es que ella anduviera con los pies descalzos. El accidente que le hizo cubrirse las piernas con una manta y aguaitar desde la luz tenue no me deja quererla, pero lo haría si ella pudiese atorar un pie en una alcantarilla o tropezarse al bajar del metro Plaza Rokossovsky.

6

Cuando estoy en mi habitación, a veces cierro los ojos e imagino que un grupo de hombres y mujeres me patea con zapatos de diferentes colores y modelos; los hay de plataforma, suecos, de cinto, botas vaqueras, de lengua, mocasines estilizados, sandalias, *crocs*, zapatillas ballerinas, zapatos para tango, me patean y me pisan los dedos, o me aprietan el cuello con un tacón. Quiero que ese taco me asfixie, quiero que mi piel cambie de tonalidad. Luego, alguien que no conozco, un evangelista o un vendedor de puerta en puerta [a veces son enciclopedias de historia, a veces perritos de cristal] toca el timbre, me interrumpe, y tengo que abrir los ojos justo antes de que aquel niño en mi sueño me patee la boca.

7

No me di cuenta cuándo, creo que ha sido siempre, esto que llevo conmigo empezó el mismo día que nací. Un experto diría que no, que con esto no se nace, que aprendí de Rétif de la Bretonne o de una prima punk.

Lo que sucede es que nací castrado, alguien lo explicaría de ese modo. Y mi búsqueda del falo es la que me lleva a acudir diariamente a un parque del centro, donde todavía hay limpiabotas y cajas curiosas para posar los zapatos.

8

Detesto las faldas largas y nunca he podido acostumbrarme al hecho de que en este mundo hay gente que cubre sus pies con un vestido. ¿Por qué lo hacen? Esa clase de gente me causa sospecha, presiento que traman algo, lo puedo ver en sus ojos cuando me miran, como si dijeran entre dientes: “Es el principio de una nueva fase y no podrás impedir que tomemos el andén.”

Marchan en grupos por todas las zonas de la ciudad. Los he visto reír sin razón aparente, de día y cuando se hace tarde. No voy a ocultar que siento un poco de miedo cuando visten a los más pequeños de la misma forma que a los mayores.

9

El hombre a quien más admiro es un empresario de bienes raíces que tiene una vida opulenta. Su nombre es Leo Link. Lo he visto llegar a la casa de citas con un maletín de cuero lleno de zapatos de taco alto y botines para mujer. Suele echarse en un diván y hacer desfilas a dos muchachas con su colección, luego elige a la que luce más bella y se la lleva a una habitación privada.

Lo que más me llama la atención de Leo Link es que nunca repite el mismo modelo de zapato. Cada vez que visita el prostíbulo su maletín revela un calzado nuevo, algo que brilla, imperdibles, pieles de animales. Me he visto tentado a robarlo y probarme todo lo que contiene. En verdad quisiera tener suficiente valor como para acercarme y hacerme de uno de aquellos muestrarios.

10

Me gusta apretar fuerte los dedos de mis pies hasta que enrojecen. Uno por uno, del meñique al pulgar, y ver cómo la sangre se acumula en las puntas y cómo las uñas parecen cambiar de color. A veces calzo zapatos que no son de mi talla, que son más pequeños que mis pies, y camino así, sin rumbo, por las avenidas principales, al menos dos horas todas las semanas. Debo reconocer que existe algo dulce e inexplicable en las úlceras que esto me provoca.

Hace varios años acompañé a mi hermana a visitar a una amiga que había sufrido quemaduras severas; sus pies estaban expuestos y nos dijeron que el fuego había consumido gran parte de la epidermis, ahora llena de ampollas. Me imaginé en ese momento la carne viva de la muchacha latiendo y mi mano derecha haciéndole masajes, también la lamía. Aquellos pies quemados sabían a unguento de sábila.

11

Hace millones de años dejamos de ser animales cuadrúpedos para convertirnos en una especie que camina erguida continuamente. Esta forma de utilizar los pies nos diferencia de otros primates, nos hace observar el mundo de un modo desconocido para un babuino o para un gibón. Hay algo definitivamente único en estos pies, algo que nos separa del resto y que no deja de perturbarme.

12

Los pies de un bebé me llaman tanto la atención como los pies de un enfermo, pero los pies de los bebés tienen la peculiaridad de ser muy pequeños y de estar siempre cerca de una boca o en las manos de un adulto. Me gustaba, cuando era más joven, acercarme a la cuna de Elsie y frotar sus plantas. A veces le mordía despacio un pulgar y ella se reía. A mi madre no le parecía correcto que tocara con tanta concentración y persistencia los pies de mi hermana. Lo veía como algo inadecuado en nuestra relación, tal vez como si yo le mostrara el mismo gusto de un fisgón ante una de las mujeres tendidas de Egon Schiele. Recuerdo que alguna vez me echó del cuarto de Elsie con un cinto de cuero y una fuerte advertencia. Luego me prohibió atarle los zapatos o quitárselos. Mi madre lo sabía, yo lo sé, pero siempre existe aquello de lo que no queremos hablar.

13

Hace muchos años, cuando todavía no había nacido, existía un aparato en las zapaterías llamado fluoroscopio, un instrumento que les permitía a los compradores probarse el calzado a través de una máquina de rayos X. Con la ayuda de un visor, la gente podía observar los huesos dentro de sus botas y reírse de la contextura de sus propios dedos. Las pocas personas que lo recuerdan dicen que, a pesar de la mala fama de las radiaciones, una visita a aquellas zapaterías podía ser una experiencia de identificación como pocas. Ser capaz de ver no sólo el exterior de los pies sino también aquello que llevan dentro. Mirarse uno mismo sin ningún temor.

14

A veces cierro los ojos y emerjo de pronto de una piscina llena de zapatos diseñados por Manolo Blahnik. Me veo nadando entre tacones finísimos, obras de arte que salieron de la cabeza de un genio... Cada puntada de Blahnik, las texturas, los colores. En algún lugar de la Tierra existe una piscina llena de *manolos* sólo para mí.

15

Elsie me enseñó a escondidas de mi madre a hacer la pedicura. Sus pies eran hermosos; primero los remojava durante diez minutos en agua tibia jabonosa para ablandar la piel y las cutículas. Luego los secaba con cuidado y les ponía crema exfoliante, haciendo masajes circulares donde la piel era más gruesa. También tenía una piedra pómez con la que se frotaba, y decía que la mejor manera de cortar las uñas es manteniendo una forma cuadrada para evitar que, al crecer, los bordes se claven en la piel de los dedos. El tratamiento de Elsie terminaba siempre con un ligero masaje e igualando la superficie de las uñas con una lima.

16

Alguien me contó no hace mucho que Leo Link tiene también una colección de fotos y una pequeña pinacoteca dedicada a preservar imágenes de pies. Su museo privado abarca fotografías de todo el mundo, las hay de pies sucios y con las uñas crecidas, pies gitanos, una serie del dedo deforme de una estrella de cine y varios talones de sirvientas y chóferes que Leo Link ha contratado a lo largo del tiempo. La joya de su colección, dicen, aunque yo no lo he constatado, es un óleo de no más de treinta centímetros en el que un cónsul come uvas del pie de una de sus esclavas.

17

Una película sueca me dio una vez la idea de hacerme pasar por un vendedor de zapatos artesanales. El truco consistía en elaborar un catálogo con fotos de zapatos extraños y acercarme a distintos vecindarios con la intención de ofrecer aquellos productos inexistentes. Llevaba también un metro para medir los pies de las personas que convencía en el camino.

Algunos de los pies que tuve en mis manos eran de una belleza casi celestial, aunque, de hecho, disfruté de todos los que pude medir. Una de las personas que me abrió las puertas de su casa fue una mujer jubilada llamada Olga, llevaba en la oreja derecha un aparato para la sordera y me comentó que a esa hora de la tarde tomaba unas pastillas que la hacían dormir. Se disculpó por no poder atenderme en ese momento. Yo miré de reojo sus pies,

regordetes, oprimidos dentro de los calcetines, y supe inmediatamente que no podría renunciar a ellos.

Poco después forcé la cerradura trasera con un gancho y entré con sigilo hasta llegar al cuarto de Olga. Su cuerpo yacía quieto sobre una cama de dos plazas, profundamente dormido. Ella no me escuchó ni sintió nada cuando me saqué los pantalones y coloqué sus pies sobre mi miembro. Sus callos eran muy ásperos y sus uñas llevaban el esmalte descascarado. Nunca antes, lo sé bien, experimenté un rubor como el de aquella tarde.

18

En un principio, las sandalias servían para identificar a las personas de acuerdo a su rango social. Aprendí esto de un libro de historia que tiene varias ilustraciones, incluso una que muestra la fabricación de una sandalia paso por paso. Hubo también un emperador que decretó que tan sólo él y sus descendientes podrían calzar sandalias de color rojo.

Yo pienso que las sandalias son los zapatos correctos. Cuando alguien lleva puestas sandalias, es posible ver hasta los detalles más íntimos, cicatrices o lunares, pies de atleta. Las personas que las usan, tal vez sin anticiparlo o siquiera quererlo, suelen olvidarse por un rato de esa bola de grasa que es el pudor.

19

En un sueño que se asoma de vez en cuando he visto al *par glassé* caminar por la casa. Es libre. Se sube a los aparadores y juega con las ollas de aluminio. Trata de no hacer mucha bulla, aunque no se da cuenta de que es un pésimo ladrón de medianoche y que yo lo espío desde el corredor apenas oigo sus pasos o cuando veo encendida la luz del refrigerador. A veces tose porque se atora con una galleta de jengibre y enseguida bebe mucha agua. Le gusta leer a Orwell, y le gusta sentarse en la mecedora de rejilla.

20

Creo que Glenda sería una mujer menos huraña si alguien le obsequiara unas piernas ortopédicas. No tendría por qué fijarse en los asuntos ajenos ya que estaría todo el día fuera de casa, en las tiendas, en un café de la avenida Brusone bebiendo un cortado. Todo sería más sencillo para ella. Dejaría al fin de pagarle a ese muchacho de la bodega para que le traiga los víveres, porque ella misma, con sus pies de plástico, se encargaría de la labor. Yo le cedería el paso al abrir una puerta, conversaríamos acerca de Elsie y de los tacones con forma de gotas de agua que Manolo Blahnik diseña. En las navidades no me molestaría pasar la tarde a su lado mirando el pesebre vivo que escenifican en Plaza Rokossovsky, porque Glenda, sonriente y con aquel brillo particular de la segunda juventud, sería por fin dueña de algo enteramente bello.

21

Sé que el soldado que regresa a casa una vez cada tantos meses tiene pie de atleta. Cuando vuelve para ver a su familia, reconozco el olor característico de la humedad en sus botas, la casa donde se cultivan los hongos que seguramente le causan picor. Eso me lleva a imaginar el momento exacto en el que contrajo la infección, si el paso en falso lo dio en un gimnasio o descansando los pies en la arena de una playa, cuando todavía era un adolescente; probablemente miraba distraído a una muchacha de pechos muy grandes, o tal vez a una de senos escuálidos, como los que tenía la joven Twiggy en la época que la descubrió Nigel Davies. Imagino la primera sensación de quemazón, qué distinto, qué peculiar enrojecimiento en las plantas de los pies, las escamas que antes no conocía y que luego, cada verano húmedo, volverían como una plaga de langostas. En esos pies delicados hay ampollas y surcos, lo sé como si

fueran los míos, y a veces la carne huele mal; las uñas se tornan amarillentas o ennegrecen por culpa de las esporas.

22

Me gusta releer las novelas cortas del mexicano Mario Bellatin, sobre todo una que se titula *Salón de belleza*. En ese libro hay un personaje que convirtió su peluquería en un hospicio para que hombres que padecen de una enfermedad sentenciada pasen sus últimos días acompañados. Además de proveer sábanas limpias y un plato de sopa, el dueño del salón de belleza cría peces buscando que el hospicio no sea sólo un símbolo de agonía y conclusión.

Siempre me he preguntado si es que una persona tan sensible a la interioridad humana como imagino debe ser Mario Bellatin tiene también unos pies bellos, o si medita sobre las cosas en las que yo suelo pensar cuando vigilo unas alpargatas hechas a mano.

23

Desde hace un tiempo, el niño que nunca me patea la boca también surge en una performance clandestina [todo esto es parte de un nuevo sueño periódico]. El acto se desarrolla en el sótano de un restaurante magrebí donde a pesar de las costumbres de algunos de los asistentes, sí hay imágenes de dioses desemejantes y representaciones del cuerpo humano.

En el sueño, el niño carga un balde con agua hasta los pies de un anciano que lleva una venda negra sobre los ojos. El anciano remoja sus pies sucios y luego hace que uno de los espectadores beba del balde hasta más no poder. La misma performance se repite varias veces, con nuevos baldes y nuevos espectadores, pero el anciano que remoja sus pies en el agua nunca se quita el vendaje.

24

En Hipogeo, el barrio donde vivía antes de mudarme a este, muy cercano al puente Maddox, corre una leyenda urbana acerca de un experto masajeador de pies. El hombre se llamaba Kástor y dicen los que le conocieron que el cuidado con el que practicaba su arte era singular, legendario en comparación con el de su hermano, un masajeador de menor aptitud que se autodenominó El Secreto.

Dicen que era tanta la envidia que El Secreto le tenía a su hermano que una noche lo atacó cuando este lamía la vulva de una mujer contratada para distraerlo. Las sábanas se mancharon de la sangre de Kástor mientras El Secreto empuñaba un martillo de carpintería.

Aquellos que creen en el mito aseguran que El Secreto mutiló el cuerpo de Kástor y se quedó con sus pies, los cuales redujo con una técnica similar a la que practican

los indios shuar, para después guardarlos como talismanes. Lo más increíble de la historia, no obstante, no es en realidad el destino sangriento de ambos hermanos, sino que nadie haya vuelto a ver ni a uno ni a otro.

25

Si yo pudiese elegir una acción osada, querría caminar sobre piedras calientes. Alguna vez leí que los antiguos medían así la inocencia o la culpabilidad de las personas en tela de juicio. Caminar sin pánico sobre carbón humeante, por ejemplo, frente a todos aquellos que dudan y se fijan en mí —tal como lo hace Glenda— indicaría que hay una fuerza más grande que la que podemos observar a simple vista, una fuerza superior, y que esa energía tan alta me favorece. Nadie tendría entonces por qué cuestionar mis dibujos de pies atados o que me guste seguir las huellas de niñas descalzas en la arena.

c)

**La señora Berbig**

**A**lgunos episodios sobre la antigua costumbre china de vendar los pies pueden leerse con sumo detalle en la serie de libros llamada *Tsai-fei lu*. Dicho tratado sobre el vendaje llegó a mí por un traspaso de mi padre, un contador de Colonia con una pasión celosa por las librerías de viejo.

Durante mi niñez, y debido a la enfermedad de mis piernas, pasé muchas horas en la biblioteca de papá leyendo acerca de la preparación del *loto dorado*, los perfumes empleados para contrarrestar el mal olor de la carne muerta y la medicina dada a las niñas para facilitar el vendaje, que suavizaría los huesos y los músculos de los pies.

De acuerdo con los libros, desde los albores de la dominación manchú una mujer debía poseer pies vendados y simétricos para poder casarse, imitando, según la historia,

a una cortesana que para complacer a su emperador vendió los suyos y bailó de puntillas.

Las niñas de seis años eran las preferidas de sus madres para este tipo de atenciones, quienes solían decirles que una mujer asentía sin queja dos veces en la vida: cuando se le perforaban las orejas y cuando se le vendaban los pies.

Por un período de dos años las vendas serían cambiadas con frecuencia, y por el resto de sus días las mujeres cuidarían de su *loto dorado* con el mismo esmero que les transmitieran sus mayores: medias de seda, limpieza rigurosa y hierbas aromáticas.

La belleza de este arte radicaba esencialmente en los minúsculos zapatos que encerraban a los pies, los cuales alcanzaron una estilización asombrosa. También es cierto que en algunas ciudades de la China tradicional los arquitectos elaboraron estrechos callejones para que las mujeres de pies vendados pudiesen caminar sin contratiempos.

## Sobre el autor

SALVADOR LUIS RAGGIO MIRANDA (Perú, 1978)

Editor y narrador. Cursó estudios de dirección de cine y literatura en Estados Unidos y España. De 2001 a 2011 dirigió la revista de literatura *Los Noveles* ([www.losnoveles.net](http://www.losnoveles.net)), y es autor de *Miscelánea o el libro geminiano* (2006), *Rock duro y metal pesado* (2006) y *Zeppelin* (2009). Como editor ha preparado las antologías *El Arca. Bestiario y ficciones* (2007), *Asamblea portátil. Muestrario de narradores iberoamericanos* (2009), *La Banda de los Corazones Sucios. Antología del cuento villano* (2010), *La condición pornográfica. Ficciones iberoamericanas de contenido pernicioso* (2011) y *Malos elementos. Relatos sobre la corrupción social* (2012). También ha participado en diversas compilaciones de cuento en España y América Latina y ha sido columnista de la revista de análisis cinematográfico *Miradas de Cine* (Madrid). Actualmente mantiene la columna de entrevistas “Situaciones incómodas” en el portal español Koult.

# Prontuario de los pies y de los zapatos

Salvador Luis

**E**ste es un libro dedicado a las pasiones y las contrariedades. Quizá más que conocer a sus personajes, esta breve manifestación de deseos abre un pequeño agujero, un resquicio a través del cual espiar a quienes aman la belleza que guarda una piel arrugada o la riqueza de los botines diseñados por Manolo Blahnik. Por estas páginas rondan inseparables la obsesión y el fetichismo, así como el anhelo por alcanzar unos zapatos ideales.

THE MONKEY MONO EXPERIENCE | *Ebooks por Salvador Luis*

[www.themonkeymono.com](http://www.themonkeymono.com)  
[www.salvadorluis.net](http://www.salvadorluis.net)  
E-mail: [salvadorluis@salvadorluis.net](mailto:salvadorluis@salvadorluis.net)  
Twitter: [@SalvatoreLuigi1](https://twitter.com/SalvatoreLuigi1)